



## LA FE EN LA EUCHARISTÍA

---

*Qui credit in me habet vitam  
aeternam.*

« Quien cree en mí tiene la  
vida eterna. »

(JOANN., VII, 47.)

**S**i tuviésemos una fe viva en el Santísimo Sacramento, cuán felices y santos seríamos! ¡Porque la Eucaristía es la verdad real de la fe; es la virtud, el acto soberano del amor, toda la religión en acción! *Si scires donum Dei!* ¡Oh! ¡Si nosotros conociésemos el don de Dios!

Mas la fe en la Eucaristía es un tesoro que hay que buscar mediante la sumisión, guardar con auxilio de la piedad y defender á costa de todos los sacrificios.

El no tener fe en el Santísimo Sacramento es la mayor de las desgracias.

### I

¿Es posible perder completamente la fe en el Santísimo Sacramento cuando se ha creído anteriormente y se ha comulgado alguna vez?

¡No, no lo creo! ¡Un hijo puede menospreciar á su

padre, insultar á su madre; pero desconocerlos, esto es imposible! ¡Así, pues, un cristiano no puede negar que ha comulgado; no puede olvidar que ha sido feliz alguna vez!

La incredulidad respecto de la Eucaristía no procede jamás de la evidencia de las razones contrarias á este misterio.

Un hombre, engolfado torpemente en los negocios temporales, ha dejado que languidezca ó dormite su fe: ha olvidado. Pero que le despierte la gracia, la simple gracia del arrepentimiento, y su primer movimiento le conducirá instintivamente hacia la divina Eucaristía.

La incredulidad puede proceder también de las pasiones que dominan un corazón. Una pasión que pretende reinar es cruel. Satisfechos sus deseos, menosprecia; atacada, niega. Preguntad á aquel desgraciado desde cuándo no cree en la Eucaristía. Y remontando al origen de la incredulidad, veréis una debilidad, un predominio de la pasión, á los cuales no se ha sabido resistir con fuerza.

También proviene la incredulidad de una fe tibia ó vacilante durante largo tiempo. Se ha escandalizado uno de ver tantos indiferentes, incrédulos prácticos. Se ha escandalizado de oír las razones artificiosas, los sofismas de la falsa ciencia. ¿Por qué no castiga Dios Nuestro Señor? ¿Por qué, si está allí, se deja insultar? ¡Tanta gente que no cree y sin embargo son personas honradas!

He aquí la fe vacilante ó dudosa que conduce en plazo más ó menos largo á no creer en la Eucaristía.

¡Desdicha inmensa! ¡El cristiano se aleja entonces, como los Cafarnaitas, de Aquel que tiene palabras de verdad y de vida!

## II

¿A qué consecuencias se expone el que no cree en la Eucaristía?

Niega el poder de Dios. ¿Cómo, Dios bajo esta ínfima apariencia? Imposible; ¿quién puede creer eso?

Acusa á Jesucristo de falsario, pues el Salvador ha dicho: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre.*

Menosprecia su bondad como los discípulos que, al oír la promesa eucarística, se retiraron y abandonaron á su divino Maestro.

Además, su fe en los demás misterios bien pronto se debilitará y perde á: si no cree en este misterio vivo y que se afirma por un hecho presente, ¿qué misterio habrá de creer?

Su virtud se esterilizará muy en breve, pues pierde su alimento natural, rompe la sociedad con Jesucristo, de donde dimanaba su vigor; ella no mira ya, y olvidará por completo á su modelo presente.

Sécase también en breve plazo la piedad, al incomunicarse con aquel centro de vida y de amor.

Y entonces ¡ay! desaparecen los consuelos en las adversidades de la vida; y cuando la tribulación se presenta fuerte, viene comunmente la desesperación. ¡La pena que no puede verterse en un corazón amigo suele acabar por ahogarnos!

## III

Creemos, pues, en la Eucaristía. ¡Yo creo, Dios mío, hay que decir con frecuencia; auxiliad mi fe vacilante!

Y nada hay más glorioso á Dios Nuestro Señor, que este acto de fe en su presencia eucarística.

Por él honramos supereminentemente su veracidad divina: el mayor honor que puede hacerse á uno es creerle por su palabra, así como sería la mayor injuria sospechar de su veracidad, dudar de sus palabras, pedirle pruebas y garantías de lo que dice. Pues bien, si un hijo cree á su padre por su palabra, un criado á su señor, un súbdito á su Rey, ¿por qué no creer por su palabra á Jesucristo cuando nos afirma solemnemente que se halla presente en el Santísimo Sacramento?

Este acto de fe sencilla y absoluta en la palabra de Jesucristo es glorioso, además, porque le reconoce y adora en su estado velado ú oculto: el honor que se tributa á un amigo disfrazado, á un Rey sencillamente vestido, es mayor que cualquiera otro. ¡Entonces es verdaderamente la persona, y no el vestido, el objeto de las ovaciones y los honores!

Así ocurre también con Jesucristo en el Santísimo Sacramento; honrarle, creerle Dios á pesar del velo de debilidad que le cubre, es honrar su divina Persona, respetar el misterio de que se rodea.

Y esto es también mucho más meritorio para nosotros. Al ejemplo de Pedro cuando confesaba la divinidad del Hijo del Hombre, y del buen ladrón cuando afirmaba la inocencia del Crucificado, esto es afirmar de Jesucristo lo que es, no obstante lo que parece ser; aún más, es creer lo contrario de lo que nos dicen los sentidos, apoyándonos únicamente en la certidumbre de su palabra infalible.

Creámos, creamos en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. ¡Allí está Jesucristo! ¡Que se apodere de nosotros el respeto cuando entremos en

la iglesia, el respeto de la fe y del amor que prestaríamos á la persona de Jesucristo, pues allí, en la Eucaristía, está Él mismo, el propio Jesucristo!

Que esta verdad constituya nuestro apostolado, nuestra predicación: es la más elocuente para los incrédulos y los impíos.





## LAS MARAVILLAS DE DIOS

*Memoriam fecit mirabilium  
suorum.*

«He aquí el recordatorio, el  
compendio de todas las mara-  
villas de Dios.»

(PSALM. CX, 4.)

**S**i la Eucaristía es la obra de un amor inmenso, este amor ha tenido á su servicio un poder infinito, la omnipotencia de Dios.

Santo Tomás llama á la Eucaristía la maravilla de las maravillas, *maximum miraculorum*.

Para convencerse de ello, bastará meditar lo que la Iglesia nos enseña acerca de este misterio.

¡La primera de las maravillas que se operan en la Eucaristía es la transubstanciación: Jesucristo primero y los sacerdotes después, por su mandato é institución, toman pan y vino, pronuncian sobre esta materia las palabras de la consagración, y al punto

toda la substancia del pan y toda la substancia del vino desaparece, habiéndose trocado en el Sagrado Cuerpo y la Sangre adorable de Nuestro Señor Jesucristo!

□ Bajo la especie del pan así como bajo la del vino se encuentra verdadera, real y substancialmente el Cuerpo glorioso del Salvador.

Del pan y del vino no queda otra cosa que las apariencias color, sabor y peso; para los sentidos, aquello es pan y vino: la fe, en cambio, nos dice que aquello es el Cuerpo y la Sangre de Jesús, ocultos bajo los accidentes, los cuales no subsisten sino por un milagro que únicamente puede obrar el Todopoderoso, pues es contra las leyes ordinarias de la naturaleza que las cualidades de los cuerpos existan sin los cuerpos que las sostienen. Esta es obra de Dios, su voluntad es su razón de ser, como es también la razón de nuestra existencia. Dios puede todo cuanto quiere, y no puede decirse que una cosa exija de él mayor esfuerzo que otra.

He aquí la primera maravilla de la Eucaristía.

## II

Otra maravilla, contenida en la primera, es que este milagro se renueva, se repite á la simple palabra de un hombre, del sacerdote, y tantas veces cuantas él quiera. ¡Tal es el poder que Dios le ha comunicado; quiere que Dios esté sobre este altar, y allí está Dios! El sacerdote obra en un todo el mismo milagro que obró Jesús en la Cena eucarística, y de Jesucristo procede todo su poder y en su nombre obra al realizar aquel portentoso.

Jesucristo no se ha resistido jamás á la palabra de su ministro.

¡Milagro de la omnipotencia de Dios: la criatura débil y mortal encarna á Jesús sacramentado!

## III

Jesús tomó cinco panes en el desierto, los bendijo, y los Apóstoles encontraron en ellos con qué alimentar á cinco mil hombres: débil imagen de esta otra maravilla de la Eucaristía, el milagro de la multiplicación.

Jesús ama á todos los hombres; quiere darse todo entero y personalmente á cada uno; cada cual tendrá su parte en el maná de vida: precisaba, pues, para esto que se multiplicase tantas veces cuantos fueren los fieles que le quisiesen recibir, y esto cada vez que ellos lo quisiesen; necesitábase en cierto sentido que la Mesa eucarística cubriese el mundo. Pues esto precisamente es lo que se realiza en virtud de su omnipotencia: todos le reciben totalmente, enteramente, con todo lo que constituye su divina Persona, pues se contiene de este modo en cada una de las Hostias consagradas. Dividid esta santa Hostia en cuantas partes queráis, y Jesús se hallará todo entero en cada una de estas partes; en vez de dividirlo, la fracción de la Hostia le multiplica.

¡Quién podrá contar el número de Hostias que Jesús ha puesto, desde el Cenáculo acá, á disposición de sus hijos!

## IV

Pero no sólo se multiplica Jesús con las santas partículas, sino que al mismo tiempo, por una maravilla que guarda conexión con la anterior, hállese á la vez en infinito número de lugares.

En los días de su vida mortal, Jesús se hallaba en un solo lugar, habitaba una sola casa, eran en corto número las personas privilegiadas que podían gozar de su presencia y de su palabra; hoy, en el Santísimo Sacramento, puede decirse que se halla al mismo tiempo en todas partes. Su Humanidad participa en cierto modo de la inmensidad divina que todo lo llena. Jesús está todo entero en infinito número de templos y en cada uno de ellos. Y es que, como los cristianos todos esparcidos por la superficie de la tierra son los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, es necesario que Él, que es el alma, se halle en todo lugar, difundido en todo el cuerpo, comunicando y conservando la vida en cada uno de sus miembros.

Jesús mío, adoramos vuestro poder, que ha multiplicado las maravillas para que pudieseis habitar en medio de vuestros hijos, ponerlos á su alcance y ser todo para ellos.



## SACRIFICIO DE JESUS

EN LA EUCARISTÍA

*Dilexit me et tradidit  
semetipsum pro me.*

«Me amó y se sacrificó  
por mí.»

(GALAT., II, 20.)

**Q**UALES son los caracteres por los que se reconoce el amor? Uno sólo, sus sacrificios; el amor se reconoce por los sacrificios que inspira ó que acepta con gusto.

El amor sin el sacrificio no es otra cosa que un nombre vano, un egoismo disfrazado.

Si, pues, deseamos conocer la grandeza del amor de Jesús para con el hombre en el misterio de la Eucaristía, valuar el precio de su amor, veamos los sacrificios que exige dicho misterio.

Los sacrificios que impone la Eucaristía son los mismos á que se sometió el Hombre-Dios durante su Pasión. Aquí como allí, Jesucristo ha inmolado su vida civil, su vida natural, su vida divina,

## I

En su Pasión, á la cual le impulsaba su grande amor á los hombres, Jesucristo fué puesto fuera de la ley, excluido de la legalidad. Su pueblo le maldice, le calumnia; Él no pronuncia ni una palabra en su defensa. Fué entregado á merced de sus enemigos, sin protección alguna; Él no reclama ni aun el derecho del más vulgar acusado. Sacrifica sus derechos de ciudadano y de hombre honrado, por la salvación y amor de su pueblo.

También en la Eucaristía acepta Jesucristo esta inmolación de su vida civil.

Allí está sin derecho alguno; la ley no se lo reconoce. Él, el Dios hecho hombre, el Salvador del género humano, apenas si tiene un nombre, apenas si se le consagra una palabra en el Código de las naciones por Él redimidas; aunque vive en medio de nosotros se le desconoce: *Medius vestrum stetit quem vos nescitis.*

No se le tributan honores públicos. En muchos países se ha suprimido la fiesta del *Corpus* ó de la Eucaristía. ¡Jesucristo no puede salir ni mostrarse en público! ¡Tiene que esconderse; el hombre se avergüenza de Jesucristo! *Non novi hominem*: ¡No le conozco!

¿Mas quiénes son éstos que se avergüenzan de Jesucristo? ¿Son judíos? ¿mahometanos? ¡No, son cristianos!

La Eucaristía está sin defensa, sin protección. Mientras que no turbéis públicamente el ejercicio del culto, podéis injuriar, cometer cuantos sacrilegios

queráis: estas son cosas en que las autoridades creen no deben intervenir.

Resulta, pues, que Jesús-Eucaristía está indefenso por parte de los hombres.

¿Pero tal vez el cielo tomará su defensa? Tampoco. Como en las casas de Caifás y de Pilato, Jesús ha sido entregado por su Padre á la voluntad de los pecadores: *Tradidit eum voluntati eorum!*

¡Como! ¿Sabía esto Jesucristo cuando instituyó la Eucaristía, y eligió libremente semejante estado? Sí. Y lo hizo así, para ser nuestro modelo, nuestro consuelo en las penas y persecuciones del mundo.

Y hasta el fin del mundo permanecerá así, sirviendo de ejemplo y auxiliando con su gracia á cada uno de sus hijos. ¡Nos ama tanto!...

## II

Jesucristo, durante su Pasión, añadió á este sacrificio de sus derechos la inmolación de todo aquello que constituye al hombre. La inmolación de su voluntad, de la bienaventuranza de su alma, que permitió fuese presa de mortal tristeza; la inmolación de su vida en la cruz.

Pero era poco para su amor haber hecho todo esto una sola vez, y por esto continúa en la Eucaristía esta muerte natural.

¡Para inmolar su voluntad, obedece á su criatura, siendo Dios; á su súbdito, siendo Rey; á su esclavo; siendo Él el libertador! Obedece á los sacerdotes y á los fieles, á los justos y á los pecadores; obedece sin resistencia, sin necesidad de violentarle en lo más mínimo; obedece aun á sus mismos enemigos, y

á todos con la misma prontitud, con idéntica diligencia. Y no sólo en la Misa, cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración, sino en todos los momentos del día y de la noche, según las necesidades de los fieles; su estado permanente es el estado puro y simple de obediencia. ¿Es esto posible?

¡Oh, si el hombre comprendiese el amor de la Eucaristía!

Jesucristo, durante su Pasión, fué amarrado, perdió su libertad. Aquí Él se ata á sí mismo; se ha encadenado con las cadenas perpetuas y absolutas de sus promesas.

Se encadena bajo las santas especies, á las cuales le unen inseparablemente las palabras sacramentales; hállase en la Eucaristía sin movimiento propio, sin acción, como en la cruz, como en el sepulcro, si bien en la Eucaristía posee la plenitud de la vida resucitada.

— ¡Está bajo la dependencia absoluta del hombre, como prisionero de amor; es imposible romper sus ligaduras, abandonar su prisión eucarística; es nuestro prisionero hasta el fin de los tiempos! ¡A esto se ha obligado! ¡Hasta ese término se extiende el contrato de amor!

En cuanto á la buena venturanza de su alma, Jesús no puede ya, como en Gethsemaní, suspender sus arrobamientos y goces, una vez resucitado y glorioso. Pero la pierde en el hombre, en el cristiano, su miembro indigno. ¡Cuántas veces se ve Jesús expuesto á la ingratitud y al ultraje! ¡Cuántas y cuántas veces los cristianos imitan á los judíos! Jesús lloró una vez por la culpable Jerusalén; á nosotros nos ama mucho más; y nuestros pecados, nuestra perdi-

ción, le afligen bastante más que la perdición de los judíos; ¡cuántas lágrimas derramaría Jesús en el Sacramento si pudiese llorar!

Finalmente, como en la Hostia no puede Jesús morir realmente, toma al menos un estado aparente de muerte. Las especies se consagran separadamente para conmemorar la pérdida de la Sangre, que, al salir de su Cuerpo, ocasionó su muerte dolorosa.

¡Se da en comunión, y las especies son consumidas, aniquiladas en nosotros!

En fin, Jesús se expone también á perder la vida sacramental por las profanaciones de los impíos, cuando destruyen las santas especies.

¡Los pecadores que le reciben indignamente, le crucifican en su alma y le entregan al demonio, que es para ellos dueño y señor soberano! *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.*

### III

Así, pues, Jesús inmola en la Eucaristía su vida natural, en cuanto esto es posible en su estado resucitado.

En la Pasión no perdonó su vida divina, y tampoco la perdona en la Eucaristía.

Allí, entre los tormentos de su Pasión, no asoma por parte alguna su gloria, su majestad y su poder: no es sino el varón de dolores, el maldito de Dios y de los hombres. Isaías no le reconocía ya bajo las salivas y las llagas que desfiguraban su Faz augusta!

Jesús, en su Pasión, no dejaba ver más que su amor. ¡Desdichados de aquellos que no quisieron reconocerlo! Fué preciso que un ladrón, que un fa-



cineroso adorase su divinidad y proclamase su inocencia, y que la naturaleza llorase á su Criador.

En el Sacramento, continúa Jesús con más amor todavía este sacrificio de sus atributos divinos.

¡De todo el poder de Jesucristo, de toda su gloria, no se ve más que una paciencia que rayaría en escándalo si no supiéramos que su amor hacia nosotros es infinito, que su amor llega á la locura! *Insanis, Domine!*

Parece que este dulce Salvador nos está diciendo: Y bien, ¿no he hecho bastante por vosotros? ¿No seré digno de vuestro amor? ¿Qué puedo hacer más? ¿Qué sacrificio me queda por hacer?

¡Oh, desgraciados de aquellos que menosprecian tanto amor! Compréndese que el infierno no sea cosa excesiva para ellos... Pero dejemos este pensamiento... La Eucaristía es la prueba suprema del amor de Jesús hacia nosotros, por cuanto es el supremo sacrificio.



## LA EUCARISTÍA Y LA MUERTE

DEL SALVADOR

*Quotiescumque... mortem Domini annuntiabitis donec veniat.*

«Cuantas veces consagrais el misterio eucarístico, anunciaréis la muerte del Señor.»

(1 Cor., XI, 26.)

### I

**B**AJO cualquier aspecto que se mire la Eucaristía, nos recuerda siempre por manera muy marcada la muerte del Señor.

La instituyó la víspera de su muerte, la noche misma en que fué entregado: *Pridie quam pateretur... in nocte qua tradebatur.*

Le da el nombre de testamento fundado en su sangre: *Hoc testamentum est in sanguine meo.*

El estado de Jesucristo en el Sacramento es un estado de muerte; apareciéndose en Bruselas y en París en 1290 y 1369, apareció con sus llagas, como nuestra divina Víctima.

Hállase sin movimiento, sin voluntad, como un difunto á quien hay que transportar de un punto á otro.

A su alrededor reina un silencio de muerte; su altar es un sepulcro donde se encierran huesos de mártires.

Sobre él se ve la cruz, — la cruz que suele adornar las sepulturas cristianas; — el corporal que envuelve la santa Hostia es un nuevo sudario, *novum sudarium*; cuando el sacerdote se dispone para el sacrificio, lleva insignias de muerte; todas sus vestiduras sagradas están exornadas con la cruz, que aparece por la parte anterior y posterior.

Siempre la muerte, siempre y por todos lados la cruz: tal es el estado de la Eucaristía considerada en sí misma.

## II

Considerada como sacrificio y como comunión, ostenta de una manera aún más sensible los caracteres y circunstancias de la muerte.

El sacerdote pronuncia las palabras sacramentales separadamente sobre la materia del pan y sobre la materia del vino; de modo que, por la virtud precisa de estas palabras, el cuerpo debiera quedar separado de la sangre, y esto constituye la muerte. Si la muerte no acontece verdaderamente, es porque á ello se opone el estado glorioso y resucitado de Jesucristo; pero, por lo menos, toma de la muerte todo cuanto puede, y por esto le vemos allí como Cordero inmolado por nosotros.

Así es que Jesucristo, por su muerte mística, continúa el sacrificio de la cruz, que se renueva de

este modo millares de veces por los pecados del mundo.

En la comunión se consume la muerte del Salvador. El corazón del que comulga viene á ser su sepulcro; pues las santas especies se disuelven por la acción del calor natural, cesando con esto el estado sacramental; desde este momento Jesús-Hostia ya no se encuentra corporalmente en nosotros; ésta es, pues, la muerte del Sacramento, la consunción del holocausto.

Sepultura gloriosa en el corazón del justo, sepultura de ignominia en el corazón del pecador; en el primero el Señor, al perder su estado sacramental, deposita su divinidad, su Espíritu Santo, y por consiguiente, un germen de resurrección; mas en el corazón culpable Jesús no sobrevive, la Eucaristía hase frustrado en sus fines. La comunión se convierte en una profanación, que no es otra cosa que la muerte violenta é injusta de Nuestro Señor crucificado por nuevos verdugos.

## III

¿Por qué Jesucristo quiso establecer relaciones tan íntimas entre el sacramento de la Eucaristía y su muerte?

En primer lugar, para recordarnos el precio que le costó su Sacramento.

La Eucaristía, en efecto, es el fruto de la muerte de Jesús.

La Eucaristía es un testamento, un legado que no puede tener valor sino por la muerte del testador. De aquí que, para que su testamento fuese válido, tenía que morir Jesús. Así, pues, cuantas veces nos

hallemos en presencia de la Eucaristía debemos decir: Este precioso testamento ha costado la vida á Jesucristo; y esto nos muestra su inmenso amor, pues Él mismo ha dicho que no hay mayor prueba de cariño que el dar uno su vida por sus amigos.

... Jesús, muriendo por dejarme, por conquistarme la Eucaristía, he aquí el signo más fehaciente, la suprema manifestación de su amor. ¿Cuántos piensan en ese precio de la Eucaristía? Y sin embargo, allí está Jesús para decirnoslo. Como hijos desnaturalizados, no pensamos sino en usar y gozar de nuestras riquezas, sin pensar en Aquel que las adquirió para nosotros á costa de su vida.

#### IV

Quiso, además, establecer aquellas relaciones para significarnos incesantemente cuáles deben ser los efectos de la Eucaristía en nosotros.

El primero es el de hacernos morir al pecado y á las inclinaciones viciosas.

El segundo es el de hacernos morir al mundo y crucificarnos con Jesucristo según aquella palabra de San Pablo: *Mihi mundus crucifiscus est, et ego mundo.*

El tercero es el de hacernos morir á nosotros mismos, á nuestros gustos, á nuestros deseos, á nuestros sentidos, para revestirnos de Jesucristo, de tal suerte que Él viva en nosotros, y nosotros no seamos sino sus miembros, dóciles á su voluntad.

Finalmente, es para hacernos partícipes de la resurrección gloriosa. Jesucristo se siembra en nosotros; el Espíritu Santo ayivará, vigorizará este ger-

men, y por él nos concederá nuevamente la vida, pero una vida gloriosa que no tendrá fin.

Tales son algunas de las razones que indujeron á Jesucristo á rodear de insignias de muerte este Sacramento de vida, este Sacramento donde reside glorioso, donde su amor triunfa.

Quiere presentarnos continuamente á la vista cuánto le hemos costado y lo que debemos hacer para corresponder á su amor.

¡Oh Señor—le diremos con la Iglesia—que nos dejaste en tu admirable Sacramento un recuerdo tan vivo de tu Pasión, concédenos que veneremos de tal manera los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos continuamente en nosotros los frutos de tu Redención!

